

RESEÑA

RICARDO PIGLIA

EL GESTO DE UN ESCRITOR

SUSANA INÉS GONZÁLEZ SWACZUK



EDICIÓN NÚMERO 5 / ENERO - JUNIO 2017
ISSN 2389 - 9794



RICARDO PIGLIA

EL GESTO DE UN ESCRITOR

SUSANA INÉS GONZÁLEZ SWACZUK

Hay personas que pasan por la vida como escenas de un momento y se pierden, otras aparecen en el camino y quedan incrustadas para siempre. Sin ser parte de un círculo íntimo, Ricardo Piglia sigue estando dentro de estas últimas, en mi vida. Hace tiempo que vivo fuera de Argentina y fue en vísperas de mi partida a Brasil, a São Paulo (a raíz de una beca doctoral) que conocí a Ricardo Piglia, a fines de la década de 1990. Había devorado su primera novela *Respiración artificial* y sus cuentos, material que sirvió como detonante para concursar el proyecto. Más insegura que ahora, y siempre tímida, no me alcanzaba el tiempo para leer todo lo que quería de ficción, de crítica literaria (vale aclarar que no vengo de la formación en Letras) y la sorpresa estaba a la mano, Ricardo Piglia daba un Seminario de Posgrado, nada menos que en la querida UBA, un auténtico cruce de poéticas:



Arguedas, Onetti y Carpentier, ¡qué placer! Al gran escritor se sumó el descubrimiento del excelente profesor. Y el último día de clase me animé a hablar con Ricardo; ese primer encuentro fue promisorio de los siguientes. Algo extraño pasó, en ese anuncio —el de mi partida a estudiar en São Paulo—: revivió su propia experiencia (él mismo había sido invitado, a la USP, unos meses antes), su entusiasmo pasó a ser el mío, sus deseos me conmovieron como si estuviese dándole la noticia a mi mejor amigo, así lo sentí. Después, en los años siguientes nos vimos en varias oportunidades, a comienzos del verano en algún café de Corrientes o cerca de su oficina.

Figura 1. El escritor Ricardo Piglia



Pero hay dos momentos que recuerdo en especial, el primero en noviembre de 2000, en ocasión del evento que organizó Casa de Las Américas (Cuba) en Homenaje a Ricardo Piglia. Viaje inolvidable, un auténtico pasaje hacia lo fantástico. El vuelo de la aerolínea cubana —que hacía el recorrido desde Cuba a Brasil y Buenos Aires, y luego, otra vez, a Cuba— partió de la isla con retraso, y más se demoró en su primera escala, en Brasil; ahí me embarqué y, también, se embarcaron nada menos que quién sería el futuro presidente, Inácio “Lula” Da Silva, y su comitiva; una vez embarcados (rumbo a la segunda escala en Buenos Aires), la sobreventa de pasajes dio la alerta: sobraban pasajeros. ¿Qué hacer? La tripulación en

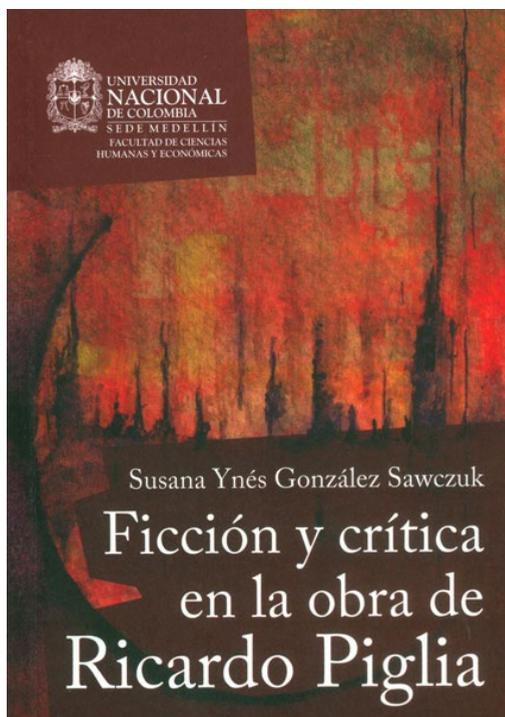


asamblea popular decidió que nadie se bajaba. Todos acatamos la voz de la mayoría y llegamos a Buenos Aires, algo apretujados y con unas cuantas horas de retraso. Pero una cosa es llegar y otra es salir, y fue así que, para arribar a nuestro destino final, las horas de vuelo se esfumaron en ese espacio fantástico: la partida se retrasó otras cuatro o cinco horas, da lo mismo (nunca supe cuánto tiempo duró ese viaje, ¿cuántas horas, cuántos días?). Bien, en Buenos Aires, entre los pasajeros que se sumaron al viaje, estaban Ricardo y su mujer Beba; y se completaba mi alegría con la presencia de mi hijo, Pablo, adolescente, feliz de conocer Cuba. La charla con Ricardo –sin duda molesto por la espera– fue breve, le conté los pormenores desde São Paulo y, entre risas, confirmamos nuestra seguridad de que la íbamos a pasar bien en el evento. Pero al final, al llegar a Cuba, todavía quedaban algunas sorpresas. Como en los buenos cuentos lo mejor está en el desenlace: Beba extravió su pasaporte (con el que había salido, pero no podía entrar), a mí me perdieron mi única valija (ropas, paquetes para los familiares de mis amigos cubanos, becarios en la USP, un video del poeta Jesús Barquet para Fernández Retamar, y regalitos y... ¡y la ponencia que dictaría en el evento!); sin embargo, otro giro inesperado nos deparaba esa experiencia, al pisar tierra se acomoda el caos: todo lo vivido se quedó en ese tránsito irreal, en esa máquina infernal de generar ficciones (a lo *pigliano*), mi equipaje apareció al otro día y creo que Beba encontró su pasaporte.

El otro encuentro se dio en Buenos Aires, acababa de defender mi Tesis, a principios de 2005; nos vimos en Corrientes, en La Paz, me aferraba a ese galardón y sólo quería compartir la alegría, pero él fue más allá, se ofreció a darle un vistazo y darme una opinión. Y así quedamos para el próximo encuentro. Ricardo, además de dedicar su tiempo a darle una mirada atenta a semejante mamotreto, me regaló su cuento *El pianista* que acababa de editar Eloísa Cartonera. Con delicadeza se metió en mi vida, él sabía que era difícil insertarse nuevamente en el trabajo, por eso me tendió la mano, me dio su opinión, me orientó y se lo agradecí, en todo caso podía contar con él; pero decidí salir de Argentina, y fueron esas palabras que me fortalecieron, dieron en el blanco. Entonces, concursé, me fui al otro extremo de Sudamérica, a Colombia, país entrañable que me recibió con todo mi archivo de Ricardo Piglia.



Figura 2. Portada del libro *Ficción y crítica en la obra de Ricardo Piglia*, de la autora de esta reseña



¿Qué me queda de esas breves charlas? Algo que emerge siempre al recordar cada encuentro, la distancia deja ver –desvela, diría Piglia-; me queda esa sensación de recuperar la palabra amorosa que siempre tuvo Ricardo, y si el gesto es “lo que permanece inexpresado en todo acto de expresión” (Agamben), esa es la sensación que tengo presente. El gesto delicado, imperceptible, de ponerse en el lugar del otro, la apacible presencia de quien nunca te hace sentir incómodo, la palabra amiga y nada menos que la de un escritor que es el amigo más íntimo que se tiene, el gesto distraído pero cordial, en cualquier conversación trivial que mantuvimos, aunque continúe atento, como siempre lo estaba Ricardo, para dar *alas* a las palabras, que cobran vida en quien escucha.

Vivo en Medellín desde el 2005, los últimos años –como siempre en mis vacaciones– al llegar a Buenos Aires, me comunicaba con Beba, por teléfo-



no, esperando buenas noticias. Decidí este año, llevarle desde la querida Colombia una atención para él y para Beba, llegué a tiempo para dejarle en la puerta de su casa el regalo, pero a los días Ricardo nos dejó a todos.

Nunca le pude decir lo agradecida que estaba, sentí esa falta, lo importante que fue para mi vida. Recorrer todos sus escritos hizo de mí una persona distinta, creo que mejor, más abierta, me despertó a un mundo de lecturas inacabado, mi vida se dio vuelta, hago lo que me gusta y puedo vivir de eso. Gracias a Piglia conocí a Gombrowicz, y de éste pasé a Bruno Schulz, y descubrí a Szymborska, de Macedonio pasé a Wilcock, y siempre volvía a Borges, a Piglia, y a tantos otros más, y lo que más aprendí es lo que más me gusta, cambiar de lugar.

En estos últimos años me lo imaginé como un Quijote ganándole la partida al tiempo con cada página que nos dejó, para seguir fabulando. Además del legado interminable de Ricardo Piglia, me quedo con su gesto amoroso.



Calle 59A No. 63-20, Autopista Norte,
Campus El Volador, Bloque 43, oficina. 419

Conmutador: (57-4) 430 9000 Ext. 46218 Fax: (57-4) 260 44 51

Correo electrónico: redestetica_med@unal.edu.co

Medellín, Colombia, Sur América